

Tres imágenes de la Aldea Bordóns en Sanxenxo, Pontevedra, que, enclavada en el monte, disfruta de unas vistas privilegiadas al mar.



serven en muchas casas rurales a la increíble cocina de autores como Ferran Adrià, que ha convertido una lujosa hacienda levantada sobre una alquería árabe del siglo X, cerca de Sevilla, en un hotel inolvidable. Se trata de la Hacienda Benazuza.

Todos estos alojamientos con sus fórmulas peculiares son un foco que atrae gente de todas partes hasta las comarcas más remotas o desconocidas, en las que actúan como motor de desarrollo que impulsa la mejora de infraestructuras -desde las carreteras a la oferta de ocio- crea empleo y permite que surjan otras iniciativas, como restaurantes y empresas de turismo activo. Un ejemplo muy elocuente es Torre del Visco en Fuentespalda, Teruel, uno de los mejores hoteles en el campo que hay en España. Una masía del siglo XV, en una gran finca de bosque y cultivos, con una hermosa rosaleda en un jardín, al pie de los montes de Beceite y a orillas del río Tastavins, rehabilitada con tanta sabiduría y con una vida interior tan equilibrada como la comarca del Matarraña donde se asienta. Cuando aquella pareja de ingleses que había regentado durante años una librería en Madrid, compró lo que entonces era una ruina, nadie entendía el por qué de su traslado a un sitio tan solitario. Ahora forman parte de la población, la masía se recomienda igual que un monumento y, en poco tiempo, siguiendo su estela han surgido otros hoteles interesantes y hasta un centro de arte contemporáneo en una antigua fábrica de tejidos. Y eso ocurre desde el principio. En el occidente de Asturias, gracias a un hotel pionero llamado actualmente La Rectoral, convirtió Taramundi,

un rincón de la montaña en una meca del turismo rural. Supuso la revalorización de la zona y la restauración de pequeñas empresas artesanales de navajas, bordados, licores y conservas, así como la recuperación del antiguo molino de Os Teixois convertido hoy en conjunto etnográfico.

Otra consecuencia es que la población autóctona cada vez aprecia más su patrimonio, arquitectónico y natural, y lo cuida. Pero también lo vende, y a precios de lo más dispares y a veces muy interesantes. Así, se puede comprar una casa del siglo XVI por algo más de 18.000 euros (tres millones de pesetas) y un palacio, catalogado, por unos 30 millones de euros (500 millones de pesetas). O sea, que ya saben los urbanitas en fuga y los inversores: el que busque y rebusque tiene muchas posibilidades de encontrar el sitio ideal para emprender su aventura. Mal negocio no debe ser cuando cada vez hay más y el sector ha alcanzado suficiente desarrollo como para que existan muchas asociaciones y clubes de calidad, públicos y privados, y ya estén surgiendo pequeñas cadenas independientes, de tipo familiar.

Con todo, el turismo rural, entre otras, tiene una asignatura pendiente: establecer unas categorías fiables y homogéneas que orienten al consumidor. De momento reina la confusión y el viajero que no se informe previamente puede acabar durmiendo encima de un establo o en un sitio tan distinto de lo que esperaba, por lujoso y elegante, que se sienta fuera de lugar o tenga que salir por pies porque su cartera no lo resiste. Las guías existentes, muchas de las cuales acompañan los textos de buenas fotografías, pueden contribuir a evitar que las vacaciones se conviertan en un desastre. □